

burguesía catalana y del Estado—, con situación llevada a cabo de mutuo acuerdo, por lo que los enemigos actuales en todo momento fueron cómplices.

Para recapitular la tesis de esta obra, podemos destacar el hilo transhistórico que esta pléyade de autores formula sobre España, sobre su ser nacional, sobre el patriotismo como vínculo inclusivo enfrentado con los nacionalismos —afirmativos sobre sí y con exclusión de perspectivas nacionales diferentes—. Así, el pensamiento orteguiano y el de Marías reciben un mayor peso, pero esta suerte de reflexiones y ejercicios teóricos corroboran, desde el conservadurismo de Balmes y la perspectiva azañista, sin excluir el vínculo entre España y el cristianismo o las consideraciones sobre las singularidades nacionales hasta con la denuncia del proyecto nacionalista excluyente, que España ha sido objeto de pensamiento. De un pensamiento lúcido que ha perseguido desterrar la idea de España como problema, como arma política de exclusión, y como persistente autocuestionamiento para afirmarla como vínculo de lealtades, de afectos y de un relato cohesionador. Los diferentes ponentes, con sus múltiples textos y sus diferentes enfoques, aciertan al recuperar los mejores esfuerzos de estos intelectuales españoles de mayor nivel para dar un sentido colectivo positivo al proyecto español. Pues es un proyecto común, histórico y con vocación de futuro compartido lo que encontramos bajo la realidad española. — MARIO RAMOS VERA.

SÁDABA, J., *La religión al descubierto*, Herder, Barcelona 2016, 162 págs.

Esta obra puede encuadrarse dentro de la filosofía de la religión. Con un sólido bagaje teológico, Javier Sádaba nos entrega un ensayo con un inequívoco sabor antropológico: «Porque la religión pertenece a zonas profundas de nuestro ser. En ese sentido es radicalmente antropológica» (p. 12). La religión es un fenómeno poliédrico y ambivalente, susceptible de valoraciones muy dispares y contradictorias. Sin embargo, la ignorancia o indiferencia respecto a ella —tan extendida en nuestros tiempos— es

altamente peligrosa y preocupante. Es innegable que históricamente la religión ha tenido una mayúscula incidencia social. Así por ejemplo, ha inspirado códigos morales con el fin de protegernos del caos aniquilador. Lo propio del *homo religiosus* es levantar un mundo superior y supremo que nos permita orientarnos vitalmente. Es intrínseco al ser humano inquirir por el sentido último de su existencia. No en balde somos un ser que aspira a la salvación espiritual.

*Religión* es un término con una etimología incierta, un concepto con un gran espesor semántico. Responde a un hecho universal cuya manifestación es dinámica, fluida y multiforme. Aunque vivamos en sociedades posindustriales —para algunos, incluso, posteológicas— las religiones siguen concitando muchas adhesiones y simpatías. Por tanto, instruirnos sobre ellas puede coadyuvar a mejorar nuestra comprensión del mundo. Para entender una religión tendremos que atender a sus creencias y cultos. Creer es una acción enraizada en el corazón, estriba en confiar en algo o en alguien. Las creencias religiosas pueden considerarse un todo complejo que aglutina emociones, sentimientos, imágenes y símbolos. En cada religión detectamos un elemento intelectual que apunta hacia algo extramundano, la esperanza de una realidad esencialmente distinta a la terrestre. Pero en nuestras sociedades posmodernas la incredulidad es un dato insoslayable. Inmersos en un galopante proceso de secularización, son muchas las personas que rompen con la religión. Por ejemplo los ateos, es decir, aquellos que niegan las verdades supranaturales. No muy lejos se sitúan los agnósticos, renuentes a pronunciarse sobre aquello que sobrepasa nuestras capacidades cognitivas. Aunque ya dentro de la órbita creyente las fronteras no siempre estén bien definidas, resultan útiles algunas distinciones. Principalmente entre los monoteísmos (como el Islam), los henotheísmos y los politeísmos. Incluso existen religiones que niegan la existencia de Dios; sería el caso del jainismo.

Pero la religión no solo existe en el reducto de la consciencia. Es importante detenernos en su cristalización en forma de culto. Este es indisoluble del cuidado de los

deberes hacia la divinidad. En la conducta del creyente religioso existe un componente de adoración y devoción que se patentiza en la liturgia. Los rituales y ceremonias son consustanciales a la religión. Mediante ellas, la doctrina se traduce en experiencia y praxis comunitaria. También permiten que el individuo pueda relacionarse con la divinidad. Gracias a la actividad cultural los creyentes pasan a integrarse en una comunidad. Esta celebración se desarrolla en el templo, un ámbito sagrado donde se realizan plegarias, cánticos y sacrificios. Es en este punto donde la función humanista y ética de la religión se hace más elocuente: «Sirve para vivir cotidianamente sin caer en las redes del caos, para desarrollar una cálida relación con los otros congéneres, para hacer mucho más llevadera una existencia que carga sobre sus *espaldas* el dolor y la muerte» (p. 41)

En toda religión hallamos tres elementos claves: los fundadores, los textos sagrados y la organización comunitaria. Muchas de las religiones remiten originariamente a la autoridad de una persona que supo transmitir un potente mensaje soteriológico. Estos fundadores religiosos son líderes con una gran capacidad de movilización humana. En el caso del cristianismo, brillan con luz propia dos personas: Jesús, el Cristo, y San Pablo. A este último se deben ideas tan importantes como el pecado original, la divinidad de Jesús y por supuesto, la resurrección y redención por parte de Cristo. El carácter revelado de los libros sagrados presenta intrincadas polémicas, especialmente en el terreno hermenéutico. Por otro lado, existen religiones más jerarquizadas que otras. El catolicismo está presidido por el Papa, representante de Dios en la tierra. Pero su tradicional autoridad ha sido impugnada por otros cristianos que han acabado forjando nuevas religiones. Sería el caso de los reformadores Lutero o Calvino. Sus doctrinas teológicas contienen aportaciones dogmáticas muy remarcables. A modo de ejemplo, podemos mentar nociones como la justificación por la fe o la predestinación.

En la segunda parte del libro se aborda la dimensión práctica de la religión, relacionándola con la ética, la política y la

vida cotidiana. Una cuestión ineludible es si la religión puede fundamentar la praxis moral. Los partidarios de la ética teológica sostienen que Dios es un principio supremo desde el cual justificar la moral. Los escollos filosóficos que se derivan de esta posición son insolubles. En contraste, existen autores que propugnan la incompatibilidad entre la ética y la religión. Otro tema importante son las relaciones entre la religión y la política. Es innegable que la pugna entre el poder espiritual y temporal desemboca en conflictos entre la institución eclesial y la estatal. Existen los estados teocráticos, los confesionales, los criptoconfesionales y los ateos. Pero incluso en este último caso, la religión pervive en la vida política (piénsese en los himnos y las banderas). También hay estados donde prevalece el laicismo y se fomenta una escuela pública y aconfesional. En consonancia con este modelo, Sádaba aboga por el debate y la tolerancia frente a la imposición dogmática. Seguimos sin poder aseverar si la religión nos permite saltar más allá de la nada; si es la mejor resolución a los insondables misterios de la vida. Por tanto, lo más recomendable es preferir la honestidad y la humildad intelectual. «Que cada uno piense lo que para él es mejor y oriente su vida hacia lo que le apetezca. Pero que todos se coloquen en el mismo nivel, en el sentido de que nadie tiene la llave de la Verdad con mayúscula o la del Bien con mayúscula. Lo que importa no es exhortar sino razonar» (p. 91).

El séptimo capítulo está dedicado a explorar la relación entre vida cotidiana y espiritualidad. El ser humano necesita superar su propia muerte, reencontrarse con sus seres queridos, que las personas virtuosas obtengan la debida justicia o alcanzar una auténtica y perdurable felicidad. Es lícito plantearse si las religiones contribuyen a lograrlo. Para muchos pueden ser un bálsamo para contrarrestar angustias y sufrimientos. En cambio, para otros (en sintonía con los maestros de la sospecha) van ligadas a la miseria, la alienación y la infantilización. No obstante, los seres humanos seguimos en vilo ante el enigma escatológico. Más allá del carácter difuso y polimórfico del clima espiritual actual, merecen ser destacados al-

gunos elementos. En primer lugar un determinado talante espiritual en términos de auto-interiorización y apertura hacia lo trascendente. También la multiseccular contiene entre espiritualistas y materialistas con el fin de desentrañar la realidad. Pero estas disquisiciones inconclusas no impiden que sigan incólumes los interrogantes últimos. Nuestra inquietud metafísica nos confronta con inexpugnables límites cognoscitivos y sapienciales. Somos un centauro ontológico (Ortega y Gasset dixit) que requiere de la sabiduría para crecer humanamente y vivir con plenitud. Anhelamos una mirada espiritual para comprendernos —en una línea muy pascaliana— en nuestra grandeza e indigencia, como una coincidentia oppositorum. Wittgenstein expresó bien esta experiencia espiritual: «Sentir el mundo como un todo limitado es lo místico» (p. 116).

No podemos obviar las páginas destinadas a esclarecer algunas aportaciones de una disciplina nueva y apasionante, la neuroreligión. Se trata de explicar la religión desde un enfoque netamente científico y racional. Los resultados obtenidos parecen certificar que determinadas zonas cerebrales están vinculadas a ciertas modalidades religiosas. Incluso hay quien apunta que la base neuronal del fenómeno místico se halla en los lóbulos temporales. En fin, existen condiciones genéticas y neuronales que nos predisponen a la religión. Pero sería un error caer en el reduccionismo, es decir, obviar el contexto cultural de cada uno y especialmente, nuestra voluntad. Por este motivo, el último capítulo versa sobre el magno y esquivo problema de la libertad. Una de los elementos que hacen especial al *homo sapiens* es la capacidad para deliberar y tomar decisiones racionales. Por un lado sentimos la libertad como parte de la vida personal y social. Pero por otro persisten los argumentos que avalan la determinación causal de nuestra conducta. A partir de aquí sobrevienen graves preguntas: ¿Qué sucedería si el libre albedrío fuera una mera ilusión? ¿Debemos considerarnos responsables de nuestros actos? Mientras no desatemos este nudo gordiano, lo más sensato será apostar por una libertad frágil y condicionada pero moralmente muy valiosa.

En suma, el gran propósito de esta obra es pensar la religión, dilucidar su esencia. Es un repaso sugerente y didáctico por las diferentes vertientes y propiedades del fenómeno religioso. El filósofo bilbaíno ha elaborado una obra instructiva y rigurosa, donde no faltan certeras referencias a filósofos y teólogos ilustres. A lo largo de sus reflexiones, haremos un sintético recorrido —en ningún caso apologético— por el universo religioso. El libro de Sádaba se asemeja a una brújula para conducirnos por el laberinto religioso. Ahora bien, su planteamiento expositivo y descriptivo también incorpora un talante valorativo. Sus palabras finales no deberían caer en el olvido: «Pienso que no hay que creer lo increíble, pero siento que hay que respetar la opción última de un ser que se bate contra la nada. Lo que decía Wittgenstein de la metafísica lo digo yo de las religiones: no me reiré de quien se defiende atrincherado en ellas, siempre que no las imponga a nadie» (p. 162) – GUILLEM TURRO

UNAMUNO, M. DE. *Escritos sobre la ciencia y el cientificismo*, edición de Alicia Villar Ezcurra, Tecnos, Madrid 2016, 536 págs.

Alicia Villar Ezcurra en su edición del libro de escritos de Unamuno titulado: Miguel de Unamuno, *Escritos sobre la ciencia y el cientificismo*, que da acceso a dos bellos inéditos —*Ciencia y Literatura* y *La vida y la ciencia*—, no sólo permite reflexionar sobre la compleja relación de Unamuno con la ciencia, sino que también posibilita recuperar esa posibilidad de la filosofía moderna, muchas veces olvidada, que iniciándose en Descartes, y pasando por Pascal, llega hasta Kierkegaard; alternativa a la que se suele subrayar con más frecuencia e intensidad, aquella que iniciándose también en Descartes, y pasando por Kant, los idealismos y la izquierda hegeliana, culmina en Nietzsche. Repasaremos, brevemente, los contenidos fundamentales de la propuesta unamuniana, sabiamente organizados por Alicia Villar Ezcurra, para justificar dicha afirmación.

La íntima biografía de los filósofos nos explica muchas cosas. Porque ser filósofo,